

# Poesía y poética en José Angel Valente

□ Juan Carlos Lértora

A Gloria y Miguel

Uno de los signos característicos de la poesía contemporánea lo constituye, sin duda, el grado de reflexión sobre el fenómeno poético no ya como un efecto que acompaña al acto de creación sino planteado en el propio poema. Acto de creación y actitud teórica sobre este proceso marchan juntos en un intento por clarificar la finalidad última del quehacer poético, hecho del que da buena cuenta la abundancia de poéticas y planteamientos que explican o sustentan el hacer literario actual. Al enfrentar la obra de un escritor le es necesario al crítico detenerse también en el examen de las declaraciones hechas por el poeta y verificar luego la relación existente entre el ejercicio poético y la teoría que lo respalda.

Al hablar aquí de la obra poética que hasta el momento ha publicado J. A. Valente me referiré a los dos aspectos mencionados, intentando situar su importancia en el contexto de la poesía contemporánea hecha en lengua española; según esta modalidad de lectura me propongo mostrar cómo gran parte de sus poemas contienen lo que actualmente entendemos por poética.

Valente pertenece a la primera promoción poética de la posguerra española, constituida por aquellos poetas que no participaron en la guerra civil pero cuya infancia se vio afectada por esta circunstancia histórica dejando consecuencias que frecuentemente constituyen motivo recurrente en muchos poemas: "Estábamos remotos/ chupando caramelos,/ con tantas estampitas y retratos/ y tanto ir y venir y tanta cólera,/ tanta predicación y tantos muertos/ y tanta sorda infancia irremediable"

("Tiempo de guerra"). En otros poemas se continúa desarrollando este aspecto hasta configurar un tono dolorido en que el hablante intenta, infructuosamente, unir el hilo de aquel pasado con un presente marcado fuertemente por el signo de la precariedad existencial: "La adolescencia tiene/ un ojo fijo, sometido a la muerte,/ un ojo suicida y cruel./ Yo estaba solo,/ con mi muerte creada/ que naturalmente no podía morir." ("Destrucción del solitario"). Este constante preguntarse por su situación actual no encuentra, sin embargo, una respuesta positiva, razón por la cual al poeta sólo le queda testimoniar su desamparo; ni siquiera su patria puede entregarle una explicación: "Vine cuando la sangre/ aún estaba en las puertas/ y pregunté por qué./ Yo era hijo de ella." ("Patria cuyo nombre no sé").

Es esta preocupación por la propia identidad, por los designios de su transcurrir histórico la que lo lleva a centrar la búsqueda por lo auténtico en sectores de la realidad estrictamente contemporánea, sin crear un mundo poético construido con intrincadas imágenes sino dejando que sea la palabra poética la que pueda dar cuenta de ese retazo de realidad que el poema acota. Esta inserción en situaciones o experiencias contemporáneas carga a la palabra poética de connotaciones temporales; el poeta siente la urgencia de hablar sobre su propio tiempo y de infundir en los demás su personal preocupación por un común hacer histórico. De un modo directo el poema apela a un otro, al lector, y se convierte para este último en un "gran caer en la cuenta" sobre aspectos de la realidad que el poema tipifica, ahonda y amplía: "Pero escribo también

desde la vida,/ desde su grito poderoso,/ desde la historia,/ no desde su verdad acribillada,/ desde la faz del hombre,/ no desde sus palabras derruidas..." ("Sobre el tiempo presente").

El hablante lírico que anima estos poemas propone no sólo ser testigo de esta historia, sino protagonizarla: "un poeta debe ser más útil/ que ningún ciudadano de su tribu." ("Segundo homenaje a Isidore Ducasse"). Junto a los conceptos señalados cabe destacar el desarrollo de una anécdota que acerca el poema a la estructuración narrativa. Los materiales expresivos que utiliza Valente están siempre en función de la precisión y sobriedad y no contienen artificios retóricos que dificulten la claridad interpretativa, aunque esta técnica de implicación no despoja a la palabra poética de su riqueza de significación sino que, por el contrario, le confiere mayor expresividad en tanto que apela a circunstancias comunes que, con esta cortedad del decir, manifiestan toda su complejidad. Precisión y claridad no son en este caso indicios de que la finalidad predominante en la poesía de Valente sea la comunicación, que su labor se limite a traducir verbalmente los pormenores de la realidad circundante. Para Valente la poesía es un medio necesario para conocer la realidad, de manera que la comunicación queda relegada a un segundo plano, está siempre presente, pero sólo acompaña —o es un efecto— la finalidad prioritaria de la poesía concebida como medio de conocimiento. Esto permite comprender que el método bajo el cual se organiza su poesía sea la inducción, es decir, se parte de una experiencia particular para avanzar paulatinamente en la captación de una situación común y contemporánea y que una vez puesta de manifiesto podamos acceder a su conocimiento. La palabra poética se presenta siempre vacilante, nunca aseverativa, no se trata de un "yo poético" que nos propone su concepción del mundo, sino que el lector, incluido en este proceso, va al mismo tiempo que el hablante descubriendo nuevas facetas de su realidad, tomando conciencia de ella al tiempo que lee: "Entre el ojo y la forma/ hay un abismo/ en el que puede hundirse la mirada." ("Entrada al sentido").

Junto a la concreción de un yo histórico que intenta conocerse en la comprensión de la realidad

mediante una palabra cierta, original en tanto que no está disfrazada de usos vacíos, coexiste igual preocupación planteada esta vez entre el yo que busca los materiales expresivos necesarios para fundar poesía. Vida y poesía están unidas por igual inquietud; así, vemos que en la creación poética el hablante se encuentra en la misma situación de desamparo que el hombre ante su vida. Si este último busca "reconocerse" en los otros, apela a la solidaridad, el yo poético cree en la palabra auténtica capaz de fundar poesía y en que ésta puede entregarle el sentido verdadero de su existencia: "Arriba rompe el día./ Aguado sólo la señal del canto./ Ahora no sé, ahora sólo espero/ saber más tarde lo que he sido." ("La señal").

De esta conciencia del hacer histórico y del hacer poético nace la reflexión que contienen muchos poemas de Valente y que en algunos casos lo lleva a plantearse o repensar el camino de su propia poesía, corriendo el riesgo de dejarla en el límite entre el canto y el cuento de que hablara Machado, es decir, convertirla en un síntoma circunstancial de situaciones históricas inmediatas o, en el otro caso, conseguir un tono enigmático más cercano a la primera poesía de este siglo; en todo caso la lectura constante de sus poemas permite comprender que el cambio inicial emprendido, el justo medio entre canto y cuento, tiene suficiente seguridad para seguir el mismo rumbo: "El hondo cántaro/ de clara curvatura,/ bella y servil:/ el cántaro y el canto." ("El cántaro").

La misma preocupación por los límites que pueda alcanzar la palabra poética se manifiesta cuando Valente nos habla de su personal experiencia. El elemento autobiográfico adquiere parecida importancia, en este proceso de conocimiento, que es la aprehensión justa de la realidad circundante, lo cual señala una vez más la consideración del proceso poético concebido como un medio de conocimiento: "En el umbral del año,/ en la explosión de un límite,/ el alba es un comienzo,/ nunca un adiós./ Aguado,/ zarpa cruel de la esperanza, un día/ tu bautismo sangriento." ("El autor en su treinta aniversario").

Los aspectos señalados aquí nos llevan a una consideración final: si el acto poético nace de modo vacilante y como una incesante búsqueda en medio

de la incertidumbre, y el ser humano en estos poemas se encuentra en una situación de desamparo, buscando reconocerse en el otro y en el amor, la

creación poética se presenta como el único camino válido que permite un acceso a la verdad, a lo auténtico tanto de la existencia como de la palabra hecha poesía.

